

(Núm. 24)

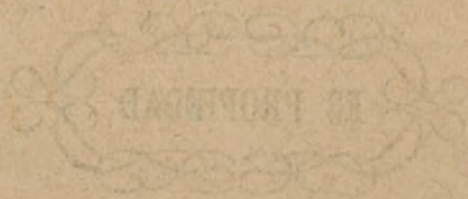
189

SAINETE NUEVO

TITULADO

EL AVARO

POR F. F.



MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11

Ayuntamiento de Madrid



EL AVARO.

PERSONAS.

SEMPRONIO, avaro.
TOMÁS, su sobrino.
PEDRO, médico.
INÉS, criada.

El teatro representa una sala miserablemente amueblada, con un armario incrustado en la pared, una mesa y tres sillas.

Sem. ¡Gracias á Dios que estoy solo!
Un gran peso me han quitado:
mi sobrino se ha marchado;
no temo fraude ni dolo.
Olvidemos á las gentes
y al mundo con gran razon:
el oro y la plata son
mis dos únicos parientes.
¡Pobre gentuza inexperta
qué anda tras de las mujeres!
el oro da los placeres...
mas cerremos esta puerta.

*Cierra la puerta, dejando la ventana
de modo que sólo penetre un rayo de
luz en la habitacion. Toca un resorte
y ábrese un armario, en el cual se ven
varios cartuchos de diferentes colores.*

Con aqueste claro-oscuro
en que está la habitacion,
no verán por el balcon,
y así estaré más seguro.

*Va sacando los cartuchos y los coloca
sobre la mesa, contemplándolos con
entusiasmo.*

¡Ay, hijos de mis entrañas!
siempre os seguiré la pista:
todos, á mi débil vista
le quitais las telarañas.

Vosotros, sí, sois mi ley,
mi mujer, mi Dios, mi sér;
vosotros me dais placer,
vosotros mi único rey.
Ame el borracho el buen vino,
quiera el político el mando,
el marino el contrabando,
el viajero el buen camino;
el goloso el buen comer,
su frágil trono ame el rey
el demócrata la ley,
la lujuria la mujer;
el ave su libertad,
su sin par fuerza el leon,
la ciencia el gran Salomon,
y el pobre la caridad;
y la jóven su belleza,
el tuno la hipocresía,
algunos la villanía,
otros la naturaleza.
Todos locos me parecen,
todos bárbaros falaces:
aman los goces fugaces,
que con un soplo perecen.
Yo soy feliz... ¡ja... ja... ja!...
á montones tengo el oro;
ya sea cristiano ó moro,
á mí lo mismo me da.
Si respetan las naciones
al gigante don Dinero,
es porque, buen caballero,
no distingue religiones.

Llaman á la puerta.

Mas, llaman: ¿quién podrá ser?...
algun mendigo importuno:
¡fuera!... no sea que alguno
mi tesoro llegue á ver.

*Vuelve á colocar los cartuchos en el
armario. Abre la puerta y sale Inés.*

Inés. Buenos dias, don Sempronio.

Sem. Mucho, niña, has madrugado.

Inés. Por el camino he encontrado
á su sobrino.

Sem. Al demonio.

¿Y qué te dijo Tomás?

Inés. Me dijo que andaba pobre
que ni una pieza de cobre...

Sem. Que lo pida á Satanás.

Inés. El pobre tanto lloraba,
que mi pecho enternecía:
me dijo que aquí venía.

Sem. Le dirías que no estaba...

Inés. No supe en verdad, mentir.

Sem. ¿Que estaba, pues, le dijiste?
¡Ay, bribona, me perdiste,
porque me vendrá á pedir!

*Llaman á la puerta: Inés la abre y
se retira al entrar Tomás.*

Tom. Que Dios guarde á V., buen tío.

Sem. Que Dios te guarde, sobrino.

Tom. Hoy es San Tomás de Aquino.

Sem. ¿De véras?

Tom. Si, tío mio.

Sem. ¡Cuánto me alegro!...

Tom. Señor...

Sem. Sabes que mucho te quiero
(pero más á mi dinero).

Tom. ¡Oh! Esto es consolador.

Sem. Nunca yo podré olvidar
que mi hermana te dió el sér;
era una bella mujer
tu madre... yo al recordar...

Llora.

Tom. Por Dios, tío, deje usted
ese llanto.

Sem. Hijo, no puedo:
desconsolado me quedo...

Tom. Sosiéguese su merced.

Sem. Hijo, déjame por Dios
á solas aquí llorar.

Tom. Si esto le ha de consolar,
lloraremos, pues, los dos.

Sem. No, sobrino (¡qué terco es!
que se vaya es mi deseo).

Vete tú á dar un paseo,
y puedes volver después.

Tom. Pero tío... no he comido.

Sem. Sobrinito, yo tampoco
(este muchacho está loco...
en muy mala hora ha venido)

Tom. Aquí podría comer...

Sem. De ningún modo, Tomás.

Tom. Pero tío, un plato más...

Sem. (Este bruto es Lucifer...)

Tom. (¡Pero, señores, qué escucho!
darme de comer se niega).

Sem. (A mí nadie me la pega...)
Sabes que te quiero mucho.

*Sempronio abraza á Tomás y le acom-
paña has'a dejarle fuera del escena-
rio, cerrando la puerta.—Sale Inés.*

Sem. Yo no sé lo que me pasa;
he perdido mi buen tino...

si volviera mi sobrino,
dile que no estoy en casa.

Me ha trastornado su vista...

Inés. (¡Cuán infeliz el pobre es!...)

Sem. Trae pronto, buena Inés,
de lo gastado la lista.

Inés. Cuatro cuartos de patatas...

Sem. Muy caras, Inés, están.

Inés. Doce cuartos por el pan...

Sem. Mira, si de ahorrar no tratas,
yo no sé cómo lo haremos.

Inés. Diez cuartos carnero tierno..

Sem. ¡Maldito sea el gobierno!
¡Remedio no encontraremos

para tanto no gastar!!!
Inés. Cuatro cuartos la ensaimada;
 Diez entre arroz y ensalada:
 conque... puede usted sumar.

Sem. Cuatro y doce, dieciseis;
 con más diez, son veintiseis;
 con cuatro más, hacen treinta;
 y con diez más son cuarenta.

Si esto continúa así,
 no hay remedio, quebraré,
 y después pobre seré.
 ¡No sé qué va á ser de mí!...

Mas ya me consume el tédio
 con tanto y tanto sumar...

¿Que haré para no gastar?...

Inés. Yo le daré á usted remedio.

Sem. ¿De vivir sin gastar nada?

Inés. Don Sempronio, sí señor.

Sem. Vén, ¡oh rostro encantador!
 ¿Y cómo? dime...

Inés. No es nada:
 no comiendo.

Sem. ¿Qué salida!
 ¿Qué harémos si no comemos?

Inés. Que á la tumba bajaremos.

Sem. No quiero perder la vida.

¿Tú no conoces, criatura,
 que la vida es deliciosa?

Inés. Sí, señor, ¡muy rica cosa!...

Más bella es la sepultura;
 allí, ni contribucion,
 ni casero, ni comer,
 ni dolores padecer...

Sem. Casi, Inés, tienes razon...
 en fin, ya lo pensaré.

Inés. ¡(Si es esclavo del dinero!)

Sem. Vete á arregiar el puchero:
 dentro una hora comeré.

*Vase Inés: Sempronio se coloca fren-
 te de un espejo.*

Mi pelo se vuelve cano...

¡Qué desgracia! ¿Mas qué hacer?

Indispensable es comer

para todo buen cristiano.

Hacer más ahorros no atino...

Tom. Tío, ¿me dá su permiso?

(Desde fuera.)

Sem. (Recibirle me es preciso).

Abre la puerta y entra Tomás.

¿Qué es lo que cuentas, sobrino?

Tom. Que aquí me vengo á almorzar.

Sem. Lo que es hoy no puede ser:
 los dos podemos rezar.

Tom. Lo que yo quiero es comer.

Sem. Sobrinito, la oracion
 el pecho deja contento,
 y es el mejor alimento
 sin costarnos un doblon.
 Sabes que servirme trato,
 pues siento hácia tí cariño:
 conque... Tomás, no seas niño,
 á rezar, que es muy barato.

Tom. Ya más no puedo aguantar:
 es grande mi padecer...
 creo que es bueno el rezar,
 pero es despues de comer
 Nuestra vida es una flor
 muy delicadita, tío;
 la comida es el rocío
 que le trasmite vigor.

Hombres mil puedo encontrar,
 tío, y usted puede ver,
 que viven, sí, sin rezar,
 pero ni uno, sin comer.
 Es una verdad notoria
 lo que acabo de decir:
 nadie, sin comer, vivir
 podrá, nos dice la historia

Sem. Eres, caro sobrino, un Salomon:
 hablas mejor que no la antigua Fronda.

Tom. No me darán por esto en una funda

pan, ni vino, ni carne, ni salmon.
Y si encontrara, tío, quien comprara
esto que llama usted sabiduría,
si con asada carne la pagara
al punto con razon la vendería.
Pues debe usted saber, querido tío,
que es el comer la cosa más preciosa;
y nadie jamás pudo, en verso ó prosa,
hablar con el estómago vacío.
Que es muy bueno, conozco yo, el saber;
saludable tambien es el rezar;
mas si nos llega el hambre á molestar,
lo mejor de este mundo es el comer.

Sem. Vamos, cuéntame una historia,
pues sé que sabes algunas.

Tom. Tío, no puedo: en ayunas
me es rebelde la memoria.

Sem. Pues bien, sobrino, me pesa

Tom. Enmendarlo yo sabré:
historias mil contaré
estando de sobre-mesa.

Sem. (Empieza á ser importuno).
Muy mal dia has elegido.

Tom. ¿Y por qué, tío querido?

Sem. Porque es hoy dia de ayuno.

Tom. Para mí todos iguales
son.

Sem. Calla, calla, Tomás:
esto dice Satanás.

Toma, aquí van cuatro reales;
(*Se los da.*)

ve á la pastelería.

Tom. Adios, mi tío Sempronio
(esto no es hombre, es demonio).
(*Vase.*)

Sem. Respira bien, alma mia...

Volvamos á colocar
estos dorados cartuchos:
hijos míos, no sois muchos;
yo os sabré multiplicar.
Si mi sobrino supiera
este armario cuánto encierra,
es probable que ni un duro
estaría aquí seguro:

yo los pondré de manera
que de todos ignorado
sea este mi capital,
ya que un real tras otro real,
con tanto afan he logrado.

Sale Inés.

Inés. ¡Qué desgracia, D. Sempronio!

Sem. Pero Inés ¿qué ha sucedido?

Inés. Su sobrino tan querido...

Sem. ¿Ha muerto?

Inés. No...

Sem. ¡Qué demonio!

Dime, pues, ¿qué le ha pasado?

Inés. Ahora le traen aquí...

Sem. ¿Aquí dices? ¡Ay de mí!

Inés. Sí, señor, ensangrentado.

*Sale el médico D. Pedro acompañan-
do á Tomás, quien cae desmayado: co-
lócalle en la cama.*

Ped. Señor don Sempronio, siento
este lance...

Sem. No hay de qué...

Ped. Mañana aquí volveré...
mas escuchadme un momento:
mucho silencio guardar
se debe; nada comer;
de cuando en cuando beber

lo que voy á recetar.

D. Pedro se sienta y escribe.

Récipe: una onza cloruro
con pomada mercurial.

Sem. ¿Qué valdrá esto, un real?

Ped. No señor, que vale un duro.

Sem. Un duro... yo no le tengo...

Ped. Es para vuestro sobrino.

Le cuidareis bien, opino:

aquí más no me detengo. *(Vase.)*

Sem. Un duro son veinte reales:

yo no los quiero gastar:

sin ello podrá pasar.

¿Qué circunstancias fatales!...

El boticario es mi amigo:

yo... sí, le hablaré después:

tú, estate aquí, Inés,

y escucha lo que te digo:

sobre todo, de la cama

no se mueva mi sobrino;

y si acaso alguno llama,

contéstale que he salido.

*Vase Sempronio; Tomás salta de la
cama.*

Tom. Vamos, Inés, ¿se ha marchado
mi tío ya?

Inés. Sí, señor.

Tom. Animo, pues, y valor.

Registra el armario, y se abre.

El secreto he ya encontrado.

*Ayudado por Inés, saca todos los car-
tuchos, colocándolos debajo de la cama:
vuelve á cerrar el armario, y se mete
en la cama.—Vuelve D. Sempronio
sudando.*

Sem. Mi amigo me dió de balde
la medicina, mejor;

es en todo un gran señor;
tendrá mi voto de alcalde.

El médico, su honorario
no me pide: estoy contento,
porque pagado le cuento
como lo fué el boticario.

Son dos señores cabales:
pocos se encuentran hoy día:
no jugué á la lotería,
y he ganado algunos reales.

Inés!

Inés.

¡Señor!...

Sem.

Dí, ¿qué tal

sigue el enfermo?

Inés.

Tal cual.

Bastante más aliviado.

Sem. Aún no se habrá levantado...

Inés. No.

Sem.

¿Puede?

Inés.

Creo que sí.

Sem. Pues, sobrino, á levantarse

(ha fingido desmayarse

tal vez para entrar aquí.

En fin, no estaré contento

mientras él esté en mi casa:

yo no sé lo que me pasa...

¡si él se marchara al momento!...

Sí, dimana mi tristeza

de no mirar mi tesoro:

me reiré cuando del oro

vea la simpar belleza).

¡Sobrino!

Tom.

Tío...

Sem.

Canario...

Es poca tu palidez.

Tom. (Ya te llegará tu vez
luego que abras el armario).

Mil gracias por el favor

que usted me ha prestado, tío.

Sem. ¿Te marchas, sobrino mío?

¿Ya estás bueno?

Tom.

Sí, señor.

(Vase.)

Sem. Mira, Inés, sigue detrás,
sin que te vea, con tino,
y do pare mi sobrino

cuando vuelvas me dirás.

(Vase Inés.)

¡Con cuánto placer respiro!

Se arrodilla frente al armario y besa el resorte.

¡Por fin hoy os vuelvo á ver,
bellos trozos de mi sér!

Abrese el armario.

¡Pero Dios mío, qué mire!

Cae desmayado: sale Inés.

Inés. Señor... señor...

Sem. ¡Ay, Tomás!

El pícaro, el muy malvado,
el infame me ha robado...

es hijo de Satanás.

¡Ay, no puedo resistir
este golpe!... ¡es el más fuerte!...

¡Ven pronto, palida muerte...

sí, no quiero más vivir!...

¡Acércate!... ¡ven á mí,

ven, ven... ¡qué me importa el
mundo!)

Es mi dolor muy profundo...

Inés, enterrado aquí,

(Señalando al armario.)

después de muerto, ser quiero...

Este armario... sepultura...

será... es pena... muy dura...

do... escondia mi... dinero...

Sale Tomás.

Tom. ¡Tío, por Dios, D. Sempronio!

Sem. ¡Sobrino de Satanás!..

Márchate de aquí, Tomás...

eres el mismo demonio.

Tom. Tío...

Sem. No... ¡tú mi sobrino!..

Mentira, no puede ser...

¿Quién, infame, te dió el sér,
vil ladron, vil asesino?

Tom. Esto es broma...

Sem. ¿Broma has dicho?

Si quieres verme vivir,

vuelve pronto á repetir

lo dicho.

Tom. Ha sido un capricho.

Tomás e Inés sacan los cartuchos de debajo de la cama, colocándolos sobre la mesa: Sempronio los cuenta: abre algunos, los besa, y viendo el brillo del oro prorrumpe en una carcajada.

Sem. Soy millonario... ¡ja!... ¡ja!...

Hijos míos, yo os adoro...

vedme, de alegría lloro...

¡nadie nos separara!...

Los abraza y besa con frenesí, y cae desplomado, atroyendo la mesa y cayéndole los cartuchos encima.

Tom. ¡Tío!... No me quiere oír...

está ya frío.

(Tocándole.)

Sale D. Pedro.

Ped. Es en balde:

id á dar parte al alcalde:

ha dejado de existir.

Lo que ha pasado no es raro;

es la cosa más de moda;

y sepa la gente toda

que este es el fin del avaro.

FIN.